
LA IZQUIERDA Y LAS ELECCIONES GENERALES

José María Mohedano



Lo fundamental de las elecciones del 22 de junio ha sido la revalidación del triunfo de la izquierda en octubre de 1982, izquierda claramente hegemónica por el PSOE. Los resultados de las últimas legislativas pone definitivamente de manifiesto, también, que muchos de los análisis electorales efectuados hasta ahora desde derecha e izquierda sobre el componente cuantitativo y cualitativo del voto PSOE eran, más que nada, juicios esquemáticos. Me refiero a las teorías del *voto de aluvión* (en 1977), *voto de tránsito* hacia otras zonas políticas (en 1979) y *voto útil* (en 1982).

Cualesquiera que sean los sentimientos diversos que genera la nueva mayoría socialista, hay que convenir desde posiciones políticas razonables o, al menos, no antisocialistas, que al PSOE, y por tanto a

la izquierda, le ha correspondido *dirigir el proceso de configuración de España como Estado y nación modernos* y realizar las tareas que en esta coyuntura le demanda la sociedad española sin perder de vista

el medio plazo y los horizontes históricos. A ello hay que añadir lo que parece comúnmente aceptado incluso por quienes están situados lejos de la propuesta socia-

El PSOE es la única formación política que cuenta con un grupo dirigente capaz de interpretar y de agrupar el interés general.

lista: me refiero a que el PSOE es la única formación política que cuenta con *un grupo dirigente* capaz de interpretar y de agrupar el interés general consiguiendo el consenso en torno a cuestiones básicas como los valores sociales, culturales, la posición de España en el mundo, etc.

Los ciudadanos españoles, y especialmente los votantes del PSOE, han aceptado perfectamente que en el período 1982-1986 no se ha realizado una política específicamente socialista como consecuencia, esencialmente, de la fragilidad política de las instituciones estatales y de la debilidad económica de nuestro sistema productivo, que no nos ha permitido históricamente caminar al unísono con el resto de Europa ni realizar cambios paralelos a los de las sociedades vecinas. Pero, al mismo tiempo, la mayoría de la población ha captado también que el socialismo democrático, a diferencia de la derecha, se caracteriza por no contentarse con la conquista del poder político y económico. Su vocación originaria es la de transformar la sociedad y, aunque algunas formas y contenidos del gobierno socialista no siempre hayan coincidido con esa vocación, lo cierto es que precisamente en el período de gobierno socialista la sociedad española está empezando a superar los desgarramientos sociales que la caracterizaron en el pasado y superando definitivamente la inestabilidad política y el atraso económico que marcaron otras experiencias políticas de carácter democrático y progresista. Y en el terreno de los datos más inmediatos, es indudable que el electorado ha percibido la capacidad del PSOE para dirigir ese proceso de renovación y de reformas en la *desaparición de fenómenos crónicos* que eran un síntoma de nuestras malformaciones políticas: la paralización de la acción de gobierno, el pudrimiento de los

muchos problemas que nunca se afrontaban y el fantasma del vacío de poder anidado, sobre todo en la mente de quienes se creían salvadores eternos de España.

Perspectiva antiderechista

Frente al proyecto reformador del PSOE, la opción reformista de Roca ha hecho el más llamativo ridículo que debe inscribirse en los casos de estudio para las facultades de ciencia política. La democracia española ha proporcionado tres casos antológicos: el fracaso de los siete magníficos en 1977, el hundimiento de UCD en 1982 y el patinazo de Roca en 1986. Nunca en la historia política se consiguió tan poco con tantos recursos de todo tipo. Banqueros y periodistas auspiciadores de la operación reformista tendrán que pensarse un cambio de oficio en cuanto a promotores de empresas políticas de envergadura. Los miles de millones que ha costado la operación pueden darse por bien empleados sólo si curan para el futuro a algunos ilusos que equivoquen su vocación.

De todas maneras, tanto la «debacle» de la operación reformista como la chusca decepción del centro-derecha —seguida de su fragmentación poselectoral— hay que situarlos en el marco de una valoración optimista de debilitamiento —desigual pero perceptible— de la ofensiva conservadora y neoliberal en el mundo occidental y que es debido a varios factores, entre ellos, a que la política de derechas no ha conseguido resolver los problemas del desarrollo y de la ocupación en Europa occidental, además de haber agravado extremadamente el desequilibrio entre el Norte y el Sur del mundo. A lo que hay que añadir que la derecha española no asumió en su debido momento su papel histórico de asentar un Estado moderno, a diferencia de lo ocurrido en los países del mundo occidental. Eso explica que el proceso de industrialización fuera pro-

tagonizado fundamentalmente por el Estado y por una burguesía financiera, sin que la burguesía industrial tuviera, como clase, la importancia que ha tenido en otros países. Por eso, la fragilidad de la burguesía más democrática significó que durante la transición tuviera que recurrir a vertebrarse en torno al Estado y a aliarse con sectores procedentes del régimen anterior, impidiendo que se dieran los pasos necesarios en la vía de las reformas democráticas.

El hecho de fondo, pues, de estas elecciones estriba en que en una situación política nada fácil, tras el machaconeo ideológico y desinformador de una parte sustancial de los medios de comunicación insistiendo en las tentaciones totalitarias y en la «mexicanización» del PSOE si éste conseguía la mayoría absoluta, casi un

45 % de la opinión se ha colocado en una *perspectiva antiderechista*, no revolucionaria, pero sí de transformaciones efectivas del sistema y de preservación de lo que

han sido conquistas del movimiento sindical: la protección social, los límites institucionales al libre curso de lo que Hegel llamó «das wilde Tier», la bestia salvaje, es decir, la sociedad del capital. Por eso, los trabajadores, con su instinto de clase, con su experiencia, con su espíritu concreto, han comprendido perfectamente de qué se trataba. Se dan cuenta de toda la gravedad de un ataque que no sólo golpea el poder adquisitivo de su paga, sino que se endereza contra sus conquistas y contra sus derechos sindicales y democráticos.

Los errores de Izquierda Unida y el PCE

El error fundamental de la izquierda no socialista ha sido considerar al partido socialista como una simple ala de un amplio movimiento conservador o como el *mosquito del neoliberalismo*. Esto le ha impedido al PCE conectar con la situación real en España, y ha sido una rémora que ha

dificultado la inserción de las propuestas comunistas en el cuerpo de las aspiraciones sociales.

En general, el PCE no ha querido diferenciar entre una mera gestión liberal del sistema capitalista y una cierta estrategia de reformas en un largo y complejo proceso de cambios estructurales. Es cierto que el *balance global* del gobierno socialista en el *campo económico y social* no puede considerarse satisfactoriamente positivo: basta con contemplar el problema del desempleo. También habría que reflexionar sobre si el poder contractual del movimiento sindical se ha debilitado, o al menos no se ha fortalecido, durante el gobierno de izquierda.

Pero *no se puede afirmar*, como han hecho permanentemente los dirigentes po-

**La derecha española
no asumió en su debido momento
su papel histórico
de asentar un Estado
moderno.**

líticos y sindicales comunistas, que la política económica del gobierno socialista puede ser clasificada pura y llanamente como una política de derechas.

El análisis y el juicio de esa política tiene que ser más preciso y, sobre todo, más articulado para no esquivar lo positivo de la política educativa y de algunas reformas sociales, los resultados contra la inflación y el ajuste de la balanza económica. No se puede asimilar la política económica seguida desde 1982 a las seguidas por sectores conservadores que gobernaban en esos momentos en otros países de Europa.

La ofensiva conservadora neoliberal, el formidable proceso de reestructuración e innovación del aparato productivo y la crisis del Estado social golpean con particular fuerza a ciertos grupos de la población trabajadora, marginan a otros, crean zonas de nueva desesperada pobreza. Un partido de izquierda, en la medida en que tiene un peso político, se ve sometido a presiones por parte de esos segmentos sociales que piden ser defendidos y, aunque

no cabe duda de que como partido de izquierdas hay un deber de defenderlos, sin embargo, *no se puede agotar una política de izquierdas en esa defensa. No podemos pensar* —como ha pensado el PCE— *que todo puede reducirse a la defensa de lo que existe, de los puestos de trabajo actuales* o, en otro sentido, de las garantías sociales y democráticas. Debemos *tener la capacidad de mirar más allá*, porque un partido de izquierda que *prefiera encerrarse*, política y socialmente, *en ciertos estratos*, o que niegue o subvalore los problemas de la sociedad compleja y fragmentada, o que no viese los vínculos internos y externos del desarrollo, *sería sólo una fuerza de propaganda destinada a permanecer minoritaria y a serlo cada vez más.*

Hay que ser consciente de que en la época que estamos viviendo, no acertaremos ni siquiera a defender eficazmente a los sectores sociales más perjudicados si no *ampliamos el frente social* y si no se interviene en el *plano político* para imponer un *programa democrático de desarrollo, de movilidad de un trabajo a otro y no de defensa de todos los puestos de trabajo que existan.*

No se puede hablar, por tanto, de que la hegemonía del PSOE en la izquierda obedezca a mutaciones en las definiciones ideológicas del electorado, sino más bien a que desde 1977 hasta ahora ha ido cambiando la representación y la imagen ideológica de los partidos de izquierda en un sentido netamente favorable al PSOE.

Este cambio de la imagen ideológica de los partidos de izquierda ha sido plenamente asumido por el PCE, que preparó precipitadamente para las elecciones de 1986 una operación de maquillaje —y también de desfiguración— ideológico que venía a ser el sucedáneo de la política de amplia convergencia social propugnada por sus dirigentes desde la ascensión de

Gerardo Iglesias a la secretaría general del PCE. Sin embargo, *Izquierda Unida no surge de una corriente de aire fresco* sino de la conjunción de viejos políticos apartados del escenario. Prueba de lo que decimos es que esta coalición electoral no ha capitalizado ni un mínimo porcentaje del voto negativo en el referéndum OTAN procedente de lo que se mueve más allá o más acá del PCE.

Izquierda Unida tampoco ha dado una imagen más armónica y de consenso de la izquierda comunista porque ni siquiera durante el período electoral se han solventado las peleas con el grupo de Carrillo y entre los comunistas catalanes. Y, naturalmente, esta permanente aparición de las querellas intracomunistas en *la cartelera de sucesos políticos* ha impedido que la coalición incrementara sensiblemente el escueto porcentaje electoral del PCE en 1982.

La falta de *calado electoral* del PCE se manifiesta en su práctica desaparición en 13 de las 17 comunidades autónomas. Y, a mi modo de ver, éste es un hecho en absoluto positivo. Por el contrario, el debilitamiento y el peligro de marginación del PCE son hechos bastante negativos: con sus luces y sus sombras, representa algo importante para la resistencia democrática española y para ciertos sectores que necesitan una expresión política diferente de la socialista. Y si se encierra en sí mismo y renuncia a «hacer política» (en expresión de Togliatti) sería bastante negativo para el equilibrio democrático y el pluralismo de la izquierda.

Horizonte europeísta

Pero lo que esta confrontación electoral ha puesto en tela de juicio respecto al PCE no ha sido sólo su *voluntarismo abstracto*, éticamente necesario pero *políticamente insuficiente*. Lo que se ha puesto en

La falta de calado electoral del PCE se manifiesta en su práctica desaparición en 13 de las 17 comunidades autónomas.

cuestión ha sido su *concepción de lo político y del modo de hacer política*. El PCE no ha conseguido liberarse del esquema que de las *relaciones partido-sociedad* le legó el leninismo. Por eso se ha diluido la propuesta del eurocomunismo. Y de ahí, también, la *práctica estéril de montar desde el partido plataformas y movimientos sociales sin verdadera autonomía y creatividad*.

Con todo, lo más importante es que el PCE sigue embarcado en el movimiento de construcción de Europa sin conseguir elaborar una estrategia alternativa a las fuerzas bajo cuya égida y hegemonía se ha realizado la construcción de Europa. En contraposición, la decisión de los socialistas de desarrollar los esfuerzos en ese *terreno minado* es la correcta, porque la *internacionalización de las fuerzas productivas* no es un invento diabólico del capital, sino la resultante del crecimiento de esas mismas fuerzas productivas.

Una fuerza de izquierda de cualquier país de Europa occidental debe ser europeísta, *tener para cada reivindicación o propuesta un horizonte europeo*, para poder afrontar los nuevos problemas de las masas trabajadoras y de la sociedad y luchar con eficacia por un nuevo tipo de desarrollo económico y social, que lleve al pleno empleo de los recursos humanos, que salvaguarde el ambiente y que se base sobre la aplicación más progresista de la ciencia y de la tecnología.

De la misma manera, parece inevitable deducir que es necesario que las distintas fuerzas políticas europeas occidentales intenten encontrar una convergencia efectiva en la política europeísta y, en este marco, en la de seguridad y del desarme.

El partido sumergido de la abstención

Un juicio severo y preocupado sobre los resultados electorales de la izquierda

no exime de cribar con atención aspectos singulares de estos resultados y de deducir de ellos indicaciones para una acción política del gobierno y del partido de izquierdas que lo sostiene.

Aunque el PSOE tiene una mayoría difícilmente batible, ha perdido 1.300.000 votos que se concentran en las grandes ciudades. Madrid con 300.000 votos menos, Barcelona con 150.000, Valencia con 130.000, Asturias 50.000, Zaragoza 40.000, País Vasco 40.000, Andalucía 120.000, y dos provincias pequeñas (Valladolid y Salamanca) con 16.000 perdidos en cada una de ellas. La mayor parte de estos votos ha ido a la abstención y en una mínima parte a Izquierda Unida y el Centro Democrático y Social.

Los partidos son los primeros protagonistas de las reformas, pero de ellas los partidos mismos deben salir transformados: en efecto, todos los partidos de mayoría suelen ver el sistema de las relaciones políticas más como instrumento de ocupación que de dirección, más como factor de parcelación que de pluralismo. Este sistema alimenta la *desconfianza* y el *distanciamiento del electorado*, que se manifiestan a través del *partido sumergido*, del *abstencionismo* y la protesta, y a través de la *búsqueda de suplencias y de otras legitimaciones*. Para recuperar acicate y capacidad de proyección el partido de la mayoría debe tener la capacidad de *dar un paso hacia la sociedad* sin retroceder respecto a las instituciones ocupadas.

El partido es por sí mismo un elemento de democracia, de democracia directa, porque llama al ciudadano a expresar una opinión política, a manifestarla, a darle valor a través de la propia acción. La existencia de partidos es el modo con el que la población puede acceder a la dirección del país. Pero los partidos de mayoría no suelen cumplir adecuadamente con esa función por el debilitamiento de su vida interna y por el entrelazamiento perverso con

El partido es por sí mismo un elemento de democracia, de democracia directa, porque llama al ciudadano a expresar una opinión política, a manifestarla, a darle valor a través de la propia acción. La existencia de partidos es el modo con el que la población puede acceder a la dirección del país. Pero los partidos de mayoría no suelen cumplir adecuadamente con esa función por el debilitamiento de su vida interna y por el entrelazamiento perverso con

el poder estatal. Planteo esta cuestión no como un genérico llamamiento a las conciencias o a la voluntad política, ni como un puro instrumento de polémica dentro del PSOE, sino como recordatorio de algunas características que deben presidir las relaciones partido-sociedad y partido-instituciones.

Hay que empeñarse en una búsqueda para dar espacio a movimientos, grupos, asociaciones que, sin reconocerse en partidos, desempeñen actividad y labor política en torno a temas como la paz, el medio ambiente, la calidad de los consumos, el feminismo, la marginación, etc., *abriendo canales nuevos de comunicación* entre instituciones y sociedad. En este sentido creo que es justo decir que ha faltado sustancialmente capacidad de acompañar el esfuerzo de gobierno con el fomento de instituciones de democracia participativa y con una mayor movilización del electorado progresista. Así, hemos asistido a la paradoja de que la iniciativa sindical se reduce a acciones reivindicativas corporativas, mientras despuntaba la movilización de masas conservadoras ante la política educativa del gobierno.

**Los resultados
de las elecciones del 22 de junio
permiten al PSOE
asumir enteramente nuestro
momento histórico.**

En definitiva, debemos trabajar para evitar el abstencionismo de cualquier tipo y para que se exprese la voluntad de toda esa España moderna, que trabaja o que quiere trabajar, estudiar, crear, y que por ello debe ser liberada de trabas viejas y desgastadas, de un modo atrasado de hacer política. Al mismo tiempo, debemos presentarnos y actuar como el partido que sabe interpretar esa España que quiere progresar y renovarse, que reclama eficiencia y honestidad, y que se halla en todos los medios de la sociedad.

Los resultados de las elecciones del 22 de junio permiten al PSOE asumir enteramente nuestro momento histórico. Los ideales de igualdad, solidaridad, de liberación y de construcción de un mundo para el hombre, de una sociedad radicalmente democrática, son hoy más válidos y operativos que nunca. Todo ese bagaje ideal, moral y político tiene que fecundarse en la acción de hoy y para hoy.

Para decirlo con Goethe: *Obra de manera que puedas poseer lo que has heredado. La herencia no es posesión segura, sino desarrollo, innovación, modificación.*